

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

LA CRONICA.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

EL ORANGUTANG.

«...De todos los animales pasa por el mas semejante al hombre, así por la forma de la cabeza, como por su noble continente y magnitud de su cerebro; sin embargo, las exajeradas descripciones de ciertos autores, dependen de no haber visto mas que individuos jóvenes, y todo dá á sospechar que con la edad se hace su hocico mas prominente.... Cuando joven, en cuyo estado se ha visto en Europa, es animal muy manso, domesticable y afectuoso, el cual á causa de su conformacion particular, llega á imitar muchas de las humanas acciones; pero su inteligencia no parece tan superior como se ha dicho, ni aun aventaja gran cosa á la del perro.»—Cuvier.

Por consiguiente, á estas palabras deben reducirse todas las disertaciones filosóficas que se han hecho so pretexto de cierto orangutang; y en estas pocas líneas llenas de severidad y saber profundo del célebre Cuvier, debiéramos tambien circunscribir los pormenores en que no obstante vamos á entrar. Pero la curiosidad del público no nos permite detenernos en esta prudente reserva. El orangutang metió tanto ruido así en su vida como en su muerte supuesta, que á pesar de nuestro respeto á las palabras del Plinio francés, vamos á añadir algunos hechos á la nota que hizo sobre este animal de una manera tan lacónica, para no decir mas de lo que puede admitir la razon y recordar el entendimiento.

Las palabras *orang outang* significan hombre salvaje: los malayos y los habitantes de las islas de la Sonda dan este nombre á las especies de grandes cuadrumanos que se hallan en aquellos paises, principalmente en la isla de Borneo. Viven persuadidos de que esos grandes monos son una raza de hombres degenerada; que en una época antigua de muchos millares de años, ciertos hombres holgazanes se refugiaron en los bosques para huir del trabajo; que á consecuencia fué su posteridad sufriendo alteraciones orgánicas hasta llegar á ser lo que vemos en el dia.

El orangutang joven, que de ocho meses acá tiene el privilegio de ocupar la atencion de los pa-

risienses, ha adelantado muy poco las observaciones que sobre él creyeron hacer los metafísicos, ni el estudio de las facultades del entendimiento humano con respecto á los monos, deberá una sola nocion de mas á la adquisicion que ha hecho el museo de historia natural. Con todo, por sensibles que á muchos les sean los desengaños de esta clase, y aunque este nuevo ejemplo nos obligue á ir en adelante con mas aplomo y reserva en los juicios relativos á la confraternidad del hombre con el orangutang, no deja el pobre *Jack* de ser un objeto muy interesante en su exámen; y nos creemos felices con haber sido testigos de ese organismo, cuya misteriosa perfeccion no comprendia Rousseau, cuando escribia sobre los orangutanes: «que tal vez despues de haber hecho mas exactas observaciones se hallaria no ser ni brutos ni dioses.»

El joven *Jack*, de edad solo de nueve meses, fué traído de Sumatra. Su frente elevada y algo convexa en la línea media, muy semejante á la de ciertos hombres, así como lo restante de la cara carece enteramente de pelos largos, á escepcion de los carrillos; la nariz no forma prominencia alguna; los ojos manifiestan una notable espresion de mansuetud é inteligencia, hallándose los párpados guarnecidos de largas pestañas. El hocico tampoco es muy prominente, pero los labios tienen mucha movilidad, pudiendo prolongarse mas de dos pulgadas. Los dientes son semejantes á los del hombre, pero los caninos son mas largos. Las orejas solo se diferencian de las humanas en que no terminan en lóbulo. La cara es de color apizarrado. Los pulgares son muy pequeños comparados con los restantes dedos de las cuatro manos. A este animal faltale enteramente la cola: todo el cuerpo escepto la cara y parte anterior del cuello está cubierto de pelo largo y rojo; y el de la cabeza, dirigido hácia delante, tiene mucha semejanza con una peluca.

La estatura de nuestro orangutang es de dos pies y medio, pero su madre al parecer tenia doble altura. El muslo, la pierna y la mano de los miembros superiores, tienen cada cual seis pulgadas de largo; los miembros inferiores presentan mucho mayores proporciones.

Ya en 1808 trageron á Francia un orangutang

jóven, destinado á la emperatriz Josefina, del que se sacaron varias copias en pergamino, existentes en el Museo, pero ora el estado de ese animal que murió á los cinco meses, alterase su fisonomía, ora el dibujante no acertase con la exactitud del retrato, ello es que se notan grandes diferencias entre aquel animal y el individuo de la misma especie que actualmente poseen los franceses.

No puede uno resistirse á un sentimiento muy diverso de la admiracion, al ver al animal dando una mano al niño hijo de su guarda, y apoyado con las otras tres manos, ir del cuarto donde come á aquel en que habitualmente permanece. Esa curti-da y arrugada cara, cuya piel solo puede compararse á la del hocico del caballo, ofrece cierto aspecto de vejez y triste bondad algo repugnantes; y forma muy extraño contraste al ver á un niño de dos años jugando con el orangutang como con un compañero, revolcándose juntos y recibiendo sus besos: pues parece que este animal profesa mucho afecto á la infancia. Pone cuidado en no dañar al niño, ni chocar rudamente, pues parece que se hace cargo de su debilidad. Causa admiracion que tenga la mitad menos de edad que el niño el animal, al ver su fuerza y la facilidad con que se encarama á la cima del árbol levantado en medio de la estancia, quedando suspendido de una mano,

ó como se agarra con un dedo al enrejado de de alambre que hay en las ventanas.

La dulzura que manifiesta á los niños, puede hallar lugar entre las pruebas que se citan de la inteligencia de este animal. Nunca con ellos se entrega á juegos brutales, en que pueden recibir daño. Como un niño cayese en el cuarto inmediato del que ocupa el orangutang, corrió este al momento á levantarlo. Entregáronle como para que se divirtiese un palo, pero él lo rehusó obstinado, y como guiado de cierto conocimiento de la propiedad, lo tomó y lo devolvió al punto al verdadero dueño. Finalmente, vamos á referir otro hecho que no citáramos, si no probase cierto espíritu de observacion bastante gracioso. Quiso detener á un perro que huía, y solo pudo cogerlo por la cola: llevó la mano á las narices, y sintió muy mal olor: volvió á coger el animal y no lo soltó hasta que repitiendo varias veces la misma operacion con la otra mano, quedó convencido de que aquello era la causa de la desagradable sensacion que percibiera.

En los primeros dias de su llegada al Museo, el mozo encargado de su guarda le dió á comer ensalada: Jack tomó una hoja; pero la tiró al punto con cierto murmullo que anunciaba queja y desagrado. Quiso saber la causa de semejante repugnancia, y vieron que habia en la ensalada demasiado vinagre. Aunque habia pasado ya la



El orangutang.

hora de la comida, Jack tenía presente su primera impresion y estaba aguardando con descuido que el tiempo quitase á la ensalada su mal sabor. No obstante, ninguna mudanza se efectuaba, y además resolvieron no darle otra sustancia para ver lo que haria. Al fin, despues de muchas idas y venidas vió en un rincon un pedazo de papel que sirvió para envolver bizcochos: en un momento tomó el papel, estendiólo como una servilleta, lo dobló varias veces, colocó entre sus dobleces una hoja de ensalada, y la apretó y restregó como en una esponja. Con tan feliz descubrimiento fué enjugando todas las hojas del mismo modo, pudiendo así comerlas sin disgusto.

Cerrarémos este artículo con la relacion de un acto no menos admirable. La estancia en que permanecía Jack, solo estaba separada de la de su guarda por una puerta-vidriera. Cansado este de las continuas visitas que le hacia el animal, quitó el cerrojo y lo puso dos pies mas alto en la puerta. Durante algunos dias, trató en vano Jack de alcanzar la manecilla del cerrojo, hasta que se valió de una cuerda que pendia del techo, haciéndola pasar por encima de la manecilla, y en seguida agarrándose con fuerza á los pies de una mesa, tiraba fuertemente de la cuerda y corria el cerrojo quedando abierta la puerta.

La biografia de este orangutang podria aumentarse con mil hechos diversos, que los lectores podran ver especificados en los públicos folletos, felices con hallar en animales asuntos de interés, cuando no pueden encontrarlos en el hombre ni en los asuntos generales. Terminamos pues la historia de Jack, convencidos de que el estudio de sus facultades intelectuales, no debe fundarse en las imitaciones mas ó menos particulares que en él se observan, sino mas bien en el atento y difícil exámen de los fenómenos de reflexion y decision espontánea que en él creen existir.

EL MAESTRO LESCH.

Nicolás Lesch, zapatero de viejo, vivia hace unos veinte y cinco años en una de las ciudades mas tristes de la antigua Prusia.

En la época de que tratamos podria tener cincuenta años; su estatura era alta pero sin gracia; su rostro serio, si bien demostraba cierto aire de desgracia que chocaba á la vista, especie de sello funesto que imprime la desdicha en nuestro ser material; pero bajo cuyo exterior alterado por los sufrimientos de una larga miseria, combatido por las ardientes huellas que los goces devoradores del libertinage estampan en el rostro, se podia sin embargo adivinar que antes habia gozado de una salud robusta y vigorosa; su frente ancha y

huesosa marcaba un carácter sombrío é inquieto, mas esto no obstante, la mirada de sus ojos negros era bella, porque al pasar bajo sus órbitas aplo- madas perdia algun tanto el mirar inmodesto que tienen los ojos vivos y saltones. Era flaco; pero su flacura, hija de la desgracia y no de un cuerpo débil ó naturaleza enfermiza, dejaba ver sus músculos y venas, y si aquellos resortes turbulentos trabajaban al abrigo de una piel usada, fatigada y próxima á romperse como un mueble batido por los vientos, mojado por las tempestades, y quemado y resecado por el sol, se comprendia bien que la carne habia sido quitada y surcada profundamente de las arrugas, y absorbida por las locas y crueles prodigalidades de una vida desordenada; su tez era mas amarilla que pálida.

Paganini, ese rey del violin, nos ha mostrado despues una fisonomia muy semejante.

Nicolás Lesch llevaba los cabellos aplastados; pero sin órden, y su rostro, unido á aquellas dos mechaz grises que pendia de cada lado, le daban un aspecto chistoso: así es, que ninguno de aquellos buenos ciudadanos alemanes pasaba por delante de la tienda del zapatero, sin echar una mirada á aquella imagen que no recordaba nada, y que parecia á esas cosas desconocidas que se ven en los arrebatos, y cuyo uso no se comprende.

Cuando el maestro Lesch trabajaba, acostumbraba á vestirse de una manera muy problemática. Su traje era un simple pantalon sin tirantes, nada de chaqueta ni corbata, las mangas de la camisa arremangadas hasta debajo de los sobacos, los pies desnudos y ocultos en esqueletos de botas inutilizadas, manía comun á las gentes de su profesion: y en fin la cabeza siempre descubierta, que presentaba los cabellos aplastados como si acabase de salir del agua, completaba el caprichoso cuadro. El domingo para ir á misa, y los demas dias para ir á la cervceria se ponía un ancho redingot de paño verde, malo y blanquecino por las costuras. El maestro Lesch presentaba la figura mas chistosa que es posible imaginar con su redingot que le besaba los talones, y que parecia casi vacío á causa de la mezquindez del cuerpo que se alojaba en él. Su tocado favorito era un casquete de paño, chato, con una visera que caia perpendicular á la frente.

Esceptuando las circunstancias solemnes de las oficios dominicales y de la cervceria, Lesch traía una vida estremadamente retirada; no se sabia tuviese un solo amigo; porque no se veía entrar á nadie en su casa. En la iglesia y en la taberna estaba siempre solo, y el cuidado que ponía en que ningun viviente entrase en su casa, habia sido objeto de mil suposiciones caprichosas y poco caritativas.

—Ese hombre, decia uno, oculta quizá riquezas obtenidas infame ó criminalmente.

—Quizá, pensaba otro, le acosen los horrores de una mala conciencia.

En efecto, usaba tan sospechosas precauciones,

procedía tan misteriosamente respecto á sus prácticas, que iba á recibir la obra y órdenes de sus parroquianos á la puerta de un cuarto sucio y feo, cerrándoles obstinadamente el paso aunque la lluvia fuese grande y glacial ó el sol seco, y abrasador.

Por esto Kretchen, encantadora joven de 17 años é hija del viejo soguero de la plaza, tenía mucha razón en mofarse del maestro Nicolás y de su aislamiento incomprensible. ¿Qué diablos oculta en su tienda?.... A la verdad que se diría que guarda la Virgen negra de Colonia con su manto de púrpura y oro, para hacer tales acciones..... Quieres, Kenivich, decía una tarde comiendo, á su hermano, que vayamos á espiar la tienda de Lesch?... ¡Oh debe ser muy caprichosa y fea cuando está solo!

Pero el cordelero que era un hombre de juicio prohibió á sus hijos por algunas palabras severas, que los alemanes saben decir, que molestasen al zapatero.

¡Oh cuanta razón tenía el anciano cordelero! Conocía ciertamente que Lesch no sufría la enfermedad mas terrible que puede engendrar nuestra naturaleza física ó moral: la degradación del genio..... Pero el padre de la niña Kretchen nunca había pensado semejante cosa cuando hilaba los cables y amarras de los marineros de Sprée?...

¡Pobre Lesch!

¡Triste locura! para la cual Dios no ha puesto en la inmensidad de la naturaleza un grano de bienhechor léboro!

Aquel pobre Lesch había vivido durante su infancia y juventud en la calma y la ignorancia. Carpintero desde niño, amaba su vida artesana que le conducía todas las mañanas á un día de trabajo, al fin del cual gozaba algunas horas de reposo que pasaba en una cervecería ó hablando con las jóvenes de la vecindad. El domingo triplicaba las dosis de cerveza y tabaco, y por la tarde bailaba algunos walses con su *preferida* que llamaban *das Liebchen*. Esta vida duró hasta que un día se despertó con la frente pesada y el alma enferma. Entonces el artista jovial y alegre desapareció y se revistió con el aspecto distraído y meditabundo de los hombres que piensan y sufren. Su trabajo regular y forzado pesó sobre él como un doloroso martirio, y muchas veces cuando iba con sus camaradas á emprender las duras obligaciones de la tienda de Hern Kolzschnitz sentía quemarse sus ojos con lágrimas amargas y crueles. La única dicha que podía gozar algunas veces, era trabajar al aire libre en madera de construcción: allí al menos sentía la vida alrededor suyo; porque donde el patron Kolzschnitz hacia trabajar á sus compañeros era casi siempre en un prado, sombreado de olmos, que se hallaba detras del cementerio.

Entonces no tenía Lesch la mezquina organización que hemos descrito, era vigoroso y sano, y nadie trabajaba mejor que él en las gruesas piezas de abeto y encina, ni nadie tampoco cepillaba mas

pronto las anchas olivas para todos los puntos de Alemania. Sin embargo, sufría ya los primeros dolores de su enfermedad, y como se vé en muchas naturalezas fuertes y sabias, el interior muere de sequedad á causa de fiebres agudas, mientras que el cuerpo conserva su frescura y salud.

Un domingo de primavera, que el baron Dietrich de Paffenloch, que llevaba hasta la estravagancia la pasión de la música, se paseaba á pie á lo largo de la ribera, al llegar el noble paseador por delante de un espeso soto de sauces floridos, oyó resonar detras de la ojarasca un instrumento rústico. Détuvose un instante para escuchar; pero comprendió en seguida por la caprichosa mezcla de notas, y el desaliño animado de la ritma, que el instrumento estaba en las manos de un ser completamente extraño á las costumbres musicales. Sin embargo, había tanta originalidad en las informes fantasías que murmuraba en la corteza de sauce de que el oculto músico había hecho una especie de flauta; había tanto genio y entusiasmo en las inspiraciones incultas que se destacaban de su cerebro, como los frutos maduros se esparcen al soplo del viento, que á través de aquella ignorancia de la ciencia de los hombres, se sentía penetrar una intuición tan viva de los sagrados misterios de la armonía, que el baron se complacía, casi á pesar suyo, del encanto salvaje de aquella música primitiva y sin régimen.

Adelantóse hácia un espacio que había sin hojas, para ver.....

¡Original, vá!... murmuró continuando su camino. Algun amante desocupado que se ocupa mas de una joven vecina que de la música de los patriarcas! ¡Estoy loco con mis ideas!

¿Qué queréis tambien que pensase un baron, del genio musical de un hombre de cerca de seis pies, cuyo rostro estaba manifestando salud material?

Al otro dia todos los compañeros del maestro Kolzschnitz escepto Lesch *hicieron lunes*. Como la mañana se anunciaba lluviosa, en lugar de ir á pasearse hasta la hora crepuscular, que nos invita tan irresistiblemente á beber cerveza en una taberna sombría y humosa, Lesch, se había quedado en el obrador abandonado á una de esas indolencias tan frecuentes en los hombres de imaginación. Si alguno nos pregunta en estos momentos en que pensamos, respondemos: *en nada*, precisamente porque pensamos en todo.

Lesch estaba en esta situación, cuando el patron Kolzschnitz entró.

—¿Cómo, Nicolás, le dijo con un tono paternal, estás solo?....

—Yo..... nada; estoy fastidiado.

Y un monstruoso bostezo le ayudó á testimoniar la verdad del hecho.

—Pues que te enojas, Lesch, no harías mal en ir una hora ó dos á casa del baron de Dietrich, que tiene que hacer algunas bagatelas. Por lo demas habrá un buen *Tringela*.

El artesano se levantó maquinalmente y fué á buscar algunos útiles confundidos con los de sus camaradas.

Cuando llegó á casa del baron, le halló en el patio jugando con un enorme perro de Polonia que habia comprado aquella mañana.

—¡ Ah! vienes á tiempo, amigo mio, y el maestro Kolzschintz es un buen hombre; mira, vas á hacer una garita para este pobre polaco...

El obrero estaba ya poniendo algunas tablas cuando el baron se aproximó á él un poco mas atento.

— Dime, ¿ no eres tú á quien he visto ayer mañana detras de un soto tocar yo no se qué chistosos aires?...

Lesch le miró, y tomando tranquilamente la medida de una tabla.

— Si, señor, dijo.

Despues de aquella respuesta dada á la interpelacion cuidadosa del baron, Lesch continuó edificando el cajon para el polaco, guardando esteriormente las apariencias firmes y apáticas de las gentes habituadas á un trabajo uniforme y diario; pero entregado interiormente á aquellas preocupaciones arrebatadas, que hacen abandonar á los órganos del cuerpo el mundo material, mientras que exploran sin desquiciamiento alguno el universo que llevamos dentro de nosotros. Sin embargo el baron quedó al lado del artesano, dirigiéndole frecuentes palabras como anzuelos en los que queria hacerle picar para que hablara. El baron era hablador y tenía sobre todo la mania aristocrática de charlar con la gente del pueblo.

— ¿ Te gusta por casualidad la musica? — repitió Mr. Dietrich con una intencion en donde hubiera sido difícil averiguar que parte tenia la ironía y cual la curiosidad.

Lesch quedó mudo, mas dió un hachazo tan vigoroso á un cabrio que trabajaba, que el baron quedó como aturdido.

— Nosotros no tenemos ya músicos en Alemania, continuó, y en veinte años no se hallará ya nadie que pueda hacer valer honrosamente un Stradivarius ó Gramulo. Yo tengo un verdadero Gramulo pero le quemaré antes de morir...

Aquí el carpintero descargó tan violento hachazo sobre el cabrio que le partió.

— ¿ Qué haces?... Sacudes á esa madera de un modo atroz.

— Teneis razon, señor baron; tengo la mano pesada hoy... ¿ No es cierto que los Gramulos son los mejores? — Yo lo he oído decir siempre.

— Indudablemente. El mio es del mejor tiempo de ese autor célebre, y no he hallado nunca otro igual; le estimo tanto como mi baronia, y quiero que acabe conmigo; porque mis herederos le venderian á la Opera de Berlin que me ha ofrecido doscientos thalers, y yo me indignaría en el otro mundo de saberlo... Pero tú no comprendes esto.

— ¿ Cuánto tiempo será necesario, señor baron, par a tocar bien el violin?

— ¡ Eh! ¡ pobre hombre, nunca se sabe!... esas cuatro miserables cuerdas son inagotables!... Hay que hacer mas descubrimientos sobre esos trozos de tripa, un poco mas largos que tu pié de rey, que islas desconocidas por reconocer en el Océano....

Y el artista afligido de lo que acababa de oír, dejó caer sus dos brazos como un hombre que oye una gran desgracia, enrojeciendo sus ojos una lágrima áspera y corrosiva.

— Yo soy muy viejo para querer aprender el violin ¿ no es verdad? atreviése á preguntar con timidez.

Y su rostro ofrecia una espresion tan estraña de ansiedad y dolor, que el baron no se atrevió á desanimarle.

— ¿ Pero á ti te gusta mucho la música? le dijo admirado.

Despues de una pausa continuó:

— Ya ves, á tu edad el talento y el gusto no bastan, es necesario génio y el génio, continuó con viveza, es el mas lejano límite á que puede aspirar nuestra naturaleza, es la última cosa humana que nuestro mundo proyecta hácia el cielo, el punto estremo donde acabamos y donde Dios empieza...

Lesch no comprendia ya: no tenia mas que un sentimiento; que no sabia nunca tocar el violin.

Mr. Dietrich quedó sombrío y se alejó, paseándose por las calles del parque y luchando con un pensamiento fijo que ocupaba su espíritu.

— ¡ Si, sin embargo!... ¿ Qué voy á hacer yo de ese hombre? se decia muchas veces.

El artesano triste y desanimado recogió silenciosamente sus útiles y acabó la garita del nuevo comensal del castillo.

Aquella misma noche, Polaco, que nunca se habia acostado sino á la luna, con sus pastores de Polonia, se instaló gravemente en su cajon, y se quedó dormido en él, con toda la arrogancia de un favorito, y las grandes maneras de un perro de buena casa.

Por entonces el baron Dietrich de Plaffenloch, cayó peligrosamente enfermo. Una violenta fiebre cerebral trastornó las facultades de su entendimiento, y en los intervalos que le dejaba, manifestaba su energía. Al cabo de algunos meses la labor ruinosa de la enfermedad habia reducido á tan poca cosa la inteligencia del amo de Polaco, que se creyó públicamente que habia perdido la razon.

Una sola idea habia quedado en pié á pesar de la destruccion cruel que habia hecho la fiebre en la naturaleza del baron; mas esta sola nocion aislada asi, privada de sus apoyos necesarios y naturales y la viudez y horfandad en que se hallaba, conspiraron á debilitarle de tal suerte, que estaba tan confuso y caduco, que no se sabia si eran las ruinas de una razon muerta, ó una anomalía enfermiza estraviada en el espíritu del paciente con los delirios de la fiebre. Este último vestigio de inteligencia que restaba al baron era

el sentimiento de la música: todas sus concepciones se detenían en las siete notas de la tabla ó escala, su imaginación no se paraba ya mas que en la extensión de su violín, su pensamiento estaba matemáticamente reducido á la longitud de su arco y de su existencia parecia no querer ya hacer mas, que un delicioso é inalterable solfeo.

Lesch continuó su vida de carpintero.

Hacia el mes de setiembre el baron entró en la convalecencia. Un dia hizo llamar secretamente á Lesch á su palacio y le propuso sus lecciones y su Grámulo. El primer movimiento del artesano estupefacto, fué deplorar el arrebató de la razón de aquel pobre Mr. Dietrich; pero al mismo tiempo, el ofrecimiento del baron habia conmovido tan vivamente el ardiente fuego que consumia su vida, que el mártir se echó á sus pies esclamando dolorosamente:—Oh señor baron!...

En aquel momento el doctor Korumesser entró en el cuarto del enfermo. Aquella escena, cuyo sentido no comprendia, y en que no veia mas que una nueva singularidad del baron, le hizo alzar los hombros de conmiseración, y despues de hacer una señal á Lesch para que se retirara, reprendió severamente al valetudinario.

Sin embargo, Lesch continuó todos los dias sus visitas al palacio. Alegrábase de la nueva idea del enfermo, mas aquellas entrevistas no causaron ningun desenlace ni de una parte ni de otra, porque el doctor Korumesser, tenia siempre gran cuidado de interponerse en las conversaciones magnéticas que atraian aquellas dos naturalezas mutuamente. Mr. Dietrich dormia en una gran butaca, el doctor leia y el carpintero se calentaba los pies en una chimenea.

Cuando las hojas empezaron á secarse, consultaron los médicos sobre el plan que habia de seguir el baron, y acordaron que fuese á pasar el invierno á Nápoles. La tarde misma de aquella consulta, el baron anunció á Lesch que queria llevarse consigo, y el obrero fluctuando siempre entre la duda y la esperanza, la ilusión y el desaliento, se dejó llevar á Italia.

Llegados á Nápoles, el enfermo pasaba casi todo el dia tocando en un cuarto silencioso que habia tomado en la bulliciosa *Strada di Toledo*, solo por Lesch.

Bien pronto se contó en el gran mundo que un noble alemán iba á morir á Nápoles, perseguido por una atroz enfermedad que obligaba constantemente al enfermo á tener música.

Esta enfermedad extraordinaria escitó tanto la curiosidad de los napolitanos, que al fin del segundo mes de la estancia del baron de Dietrich en Nápoles, halló inscritos en su casa todos los nombres de los artistas de san Carlos.

Ninguno habia sido recibido aunque el doctor le hacia vivas reflexiones sobre el aislamiento feroz en que se enterraba. Se hubiese dicho que el baron por una de aquellas intuiciones profun-

das, que parecen despertarse únicamente en los moribundos, comprendia que el tiempo gastado en aquellas disipaciones, retrasaria otro tanto la perfección que queria legar á su discípulo; se apresuraba á echar en una nueva tierra las semillas de vida que sentia morir en él, bajo el soplo devorador de una muerte que se aproximaba.

Lesch progresaba á pasos agigantados. Cada vez que pasaba el arco, rompía uno de los lazos que unian el alma del artista á la naturaleza ignorante y comprimida del proletario: cada dia desechara un poco la arcilla informe que sofocaba su vida, y las impertinencias obscuras y pesadas de los rudimentos musicales, las pasaba con aquella audacia feliz que dá una fé ardiente. Parecia desdenar el camino que el baron le señalaba, á causa de la velocidad con que aprendia, y en lugar de agotar hasta las últimas partículas de una vena de oro, estraia con ligereza las barras y empezaba otra: primero que profundizar el estudio y tener paciencia en el trabajo, era el descubrimiento del génio; en fin, en aquellas vivas y fuertes comprensiones tan súbitas é inspiradas, se descubria ese fenómeno insoluble que nos hace muchas veces creer que hemos pasado una existencia anterior al recuerdo de la ciencia que sabemos, y estas reminiscencias son algunas veces tan claras, tan completas, que dudamos si hemos resucitado ó continuamos viviendo.

El baron estaba muy contento de Lesch.

Empero la efervescencia de aquella vida agitada y saturada de yo no sé que fatal embriaguez, no era propósito para volver la salud destruida del dilettanti alemán, y cuando llegó al tercer invierno, invierno tibio y benigno como los de la Calabria, Mr. Dietrich no tenia ya apenas aliento. No tardaron en presentarse aterradores síntomas, la muerte empezó aquella horrenda degradación física, que en su progresión invade el rostro y manos de los enfermos desahuciados. Entonces el doctor Korumesser declaró que las devoradoras escitaciones de la pasión del baron, le habian atraído una crisis á la cual no podia resistir la debilidad de su organización.

El primer lunes de diciembre, dictó el moribundo su testamento, por el cual partia equitativamente su fortuna entre su familia, y un codicilo particular unido al testamento manifestaba los legados de un Grámulo y 50000 florines á un carpintero llamado Nicolás Lesch que habia seguido al baron á Italia.

En la semana que precedió á las pascuas de Navidad murió el baron, y se enterró el cuerpo del difunto en el cementerio del paraíso desan Giovanni de Carbonara.

Lesch lloró sinceramente á su bienhechor y vistió luto, y cada vez que tocaba su violín, rendia un recuerdo piadoso y reconocido á Mr. Dietrich.

Hablóse mucho durante algunos dias de la muerte del baron alemán, y sobre todo del legado

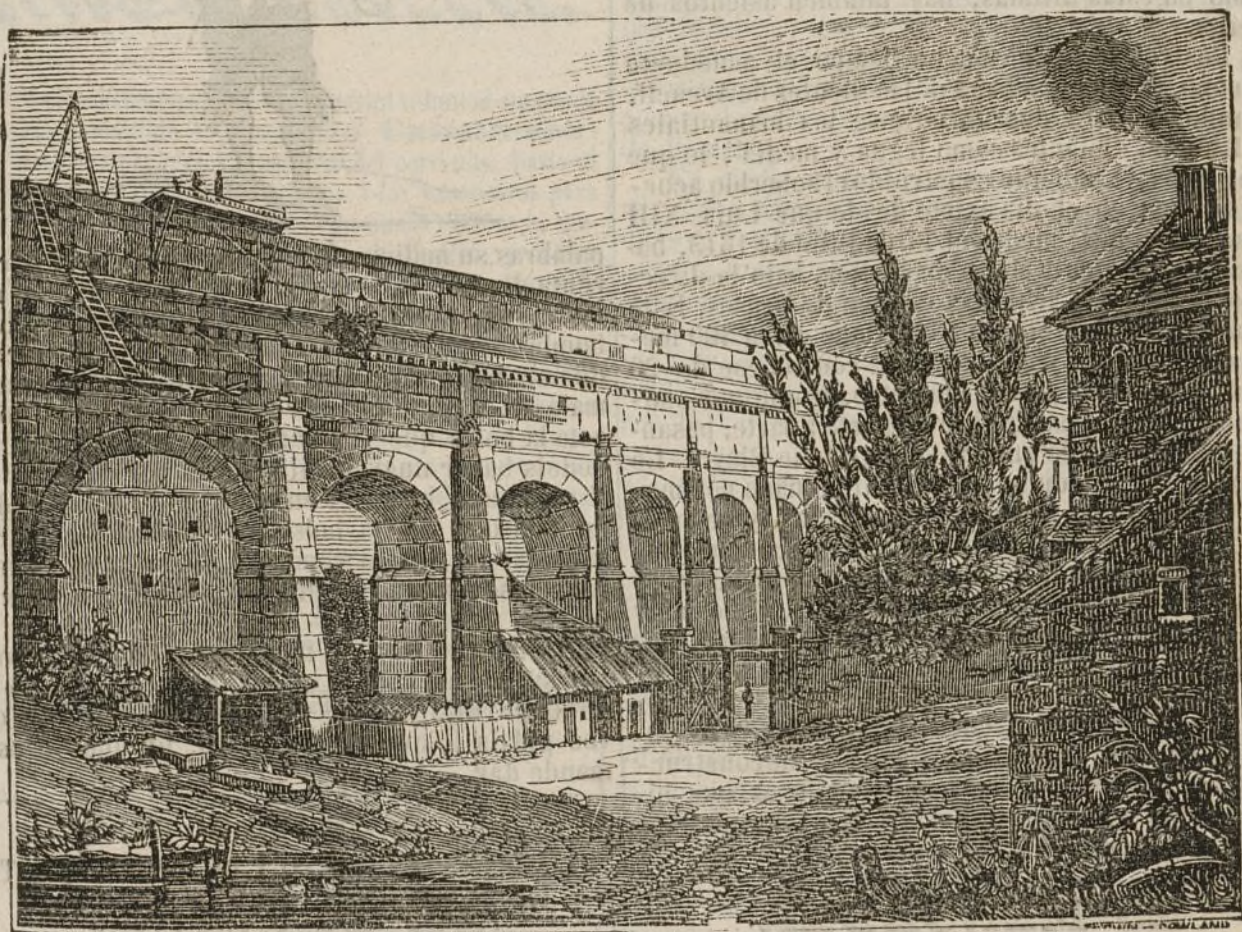
singular de su violín á un carpintero. Se calculó para hallar la palabra de este gracioso enigma, se hicieron apuestas, hubo desafíos, y cada uno quiso explicar la idea confusa del difunto.

Todo esto sucedió principalmente en el palacio de Severano, en donde se reunía el mundo artístico y literario, que se cansaba el espíritu por hallar el sentido de aquel raro capricho. Todo acababa por estas palabras: ¿Qué quereis que ese artesano haga de un Grámulo?

Al hecho, esta objecion era capital.

Hacia ya dos meses que los concurrentes al palacio de Severano procuraban inútilmente aclarar la historia del Grámulo, cuando una tarde el señor Farinelli primer violín del teatro de san Carlos, encontró á Lesch que se paseaba con las manos á la espalda por los bordes del Sebet. El artista italiano no sabia mas que era el legatario del Grámulo de Mr. Dietrich, y juzgando feliz la ocasion para resolver el problema en cuestion, se acercó al alemán con un aire bastante cortés.

(Se concluirá.)



Acueducto de Arcueil.

ACUEDUCTO DE ARCUEIL.

A izquierda del camino de Orleans, á cosa de una legua de Paris y á orillas del riachuelo de Bievre, está situada la aldea de Arcueil, que reunida actualmente á la de Cachant, que formaba antes una parroquia aparte, forma una comuna de bastante consideracion en la comarca de Sceaux. El nombre Arcueil viene de *Archeilum*, ó *Archoilum*, que en la baja latinidad significa un edificio com-

puesto de un conjunto de arcadas, y este nombre trae su origen del acueducto que en el siglo III edificaron en este sitio los romanos para conducir á Paris, y principalmente al palacio de las Termas, las aguas recogidas del vecino monte.

La iglesia, cuya fecha se remonta hasta el reinado de san Luis, es notable por el delicado trabajo de su portada gótica, y de sus galerías interiores, así como por lo caprichoso y extraño de los capiteles de las columnas. El terreno de los alrededores ha ido bajando en términos que ha

sido preciso construir una escalera de doce escalones para subir al templo.

Arcueil está rodeada de risueñas y deliciosas quintas; y se hacen admirar en especial dos, que sirvieron de mansion á dos sábios renombrados: el marqués de La Place, y el conde Berthollet.

La familia de Guisa poseyó allí una casa magnífica, que fué demolida en 1755.

Los restos del acueducto romano que se ven todavía, consisten en dos arcadas mucho mas estrechas que las del acueducto moderno, y su construcción es muy semejante á la de las Termas de Juliano, pues se observan piedras de la misma calidad, lo mismo que el cimientó y ladrillos, y como en estas últimas, hay tambien asientos de piedra.

Destruído desde mucho tiempo el acueducto romano, nadie hablaba ya de las fuentes de Arcueil, cuando en 1612 descubriéronse los manantiales de Rungis, distantes como legua y media, lo que fué causa de haberse construido el soberbio acueducto que en el día existe desde que Luis XIII puso la primera piedra el 17 de julio de 1615, haciéndolo construir María de Medicis bajo la dirección del famoso arquitecto Jaime de Broses. Este acueducto concluido en 1624, tiene cerca 400 metros de longitud y 24 de altura: compónese de 20 arcos de unos 24 pies de diámetro, de que nueve solamente atraviesan la obra de parte á parte, pasando por debajo de uno de ellos el rio Bievre. Lo interior del acueducto se halla iluminado por medio de aberturas bastante aproximadas, y se arregló en él un camino que permite recorrerlo en toda su estension. Las aguas muy abundantes y cristalinas, depositan un sedimento calcáreo muy denso, que á menudo obstruye los conductos, por lo que es preciso gastar mucho dinero en tenerlos espeditos.

El acueducto de Arcueil, abovedado, y formado de gruesos sillares, es digno por su construcción de rivalizar con los mas grandiosos que hicieron los romanos; y entre los modernos, los de Buc y de Marli le son inferiores.

EL MERCADER.

Un mercader de Florencia perdió una bolsa con cincuenta ducados, y por recobrarla, prometió diez á quien se la restituyese. Encontróla un pobre labrador y se la llevó fielmente al mercader, que despues de haber contado y recontado el dinero, para quedarse con todo él, dijo al labrador, mientras empuñaba fuertemente la bolsa:

«Amigo, fué un olvido el poner en los anuncios que la bolsa tenia cuarenta ducados, cuando eran cincuenta como ya habreis visto; y puesto que os habeis tomado ya los diez ducados prometidos, id con Dios, que nada tenemos que hacer.

Cómo qué no! replicó el labrador, la bolsa os traigo conforme la encontré, y puesto que es

la vuestra, me habeis de cumplir lo prometido.» Como de ninguna manera quisiese condescender aquel hombre avaro, el labrador fué á quejarse al duque Alejandro de Medicis, que mandó llamar al mercader é informado de él, conoció en sus



palabras su malicia. Pidióle la bolsa con los cuarenta ducados y le habló así: Vos decís que perdisteis una bolsa con cincuenta ducados, ese buen hombre trajo esta con solos cuarenta, de creer es que se hubiese quedado con todo si caminára de mala fe. Asi tengo por cosa cierta, que no es esta la bolsa que vos perdisteis, por cuyo motivo podeis hacer nuevas diligencias por descubrirla. Y vos, buen hombre, en tanto que parece el dueño legítimo de la bolsa que hallásteis, tenedla y gastar el dinero como os dé la gana, que si pareciese dueño quedo á pagarlo yo enteramente.

Quiso replicar el mercader, dando la bolsa por suya, aun con los cuarenta ducados; pero el duque le dijo ya con severidad: No es razon que vos pidais lo que no es vuestro, ni que yo os lo mande dar.

HISTORIA

DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA CONQUISTA DE AMÉRICA.

El día 15 ha quedado cerrada definitivamente la suscripción de esta interesante obra que se repartió á principios del corriente. Los pocos egemplares que restan despues de haber servido á los suscritores, se venden á 40 rs. en Madrid para los abonados á la **Biblioteca popular ó Museo de las Familias**, y 50 para los que no lo sean. En las provincias 44 y 54 rs. franco el porte. En Madrid se halla en el Gabinete literario, calle del Principe, y los pedidos de provincia se hacen por conducto de los correspondientes del señor Mellado, editor de esta publicacion.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,
DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR,
calle del Sordo, núm. 11.